



“Vidas frente al mar”

Todo hombre de gran inquietud, de sensibilidad refinada, vuelve periódicamente a contemplar, en su agitado mundo interior, escenas o panoramas de distintas etapas de su vida. La juventud, a veces, revive lozana, vibrante, a través del recuerdo. Y cuando hay de por medio figuras, imágenes, y aún, sombras, que en otro tiempo lo conmovieron o detuvieron su atención, entonces la mirada al pasado ya es algo más que un simple vuelco imaginativo. La presencia de esos personajes tiene tal vigor, tal vitalidad, que es como si viniesen a requerir otro trato de quien los vio moverse en épocas lejanas y supo de sus alegrías y de sus angustias. Se diría, para usar términos de estos días, que traen un pliego de peticiones... que vienen a exigir, que reclaman una delineación definitiva, impercedera... Son, ni más ni menos, que personajes en busca de autor, como aquellos que acosaron hace ya medio siglo a Luis Pirandello.

Eso parece ser lo que le ha ocurrido a Eduardo Moore, hombre de gran cultura, orador, parlamentario de renombre, político, oráculo, de reconocida habilidad. Retirado de actividades partidistas, entregado al análisis de las complejidades y contradicciones del mundo de hoy, debe haber sentido que golpeaban a las puertas de su gabinete de lectura, hombres y mujeres de antaño. Les ha dado entrada y ha escuchado sus voces de todo tono. Traían con ellos su propio escenario: Querelema, Llico, Matanza, Constitución, Vichuquén, Paredones... Y se empezaron a oír frases características de la región. Hablaban todos el mismo lenguaje de hace una cincuentena de años. Y se agitaban e iban de un lado a otro mostrando cada cual sus conflictos internos, con explosiones de alegría alternadas con llantos, ora silencio-

sos, ora estridentes. La primera en pasar es la profesora de la escuela local: joven, calladita, buena como un ángel, pero con una tristeza que, por más que ella tratase de disimular, acogujaba a quienes la conocían. Va con un niño de unos cuatro años, llamado el Pitío, a quien se le ve crecer con rapidez y transformarse en un mozo reservado, fuerte, dado a contemplar el mar a todas horas, capaz de hacer frente a muchachos insolentes de más edad que él... Se aviene admirablemente con un buzo al que todos llaman El Pancora, narrador infatigable de las más extrañas proezas. El Pitío cree que muchas de éstas son simples expresiones de una imaginación estimulada con frecuencia por el alcohol. Pero, reconoce que El Pancora es capaz de todo eso y mucho más...

En seguida, a la Rucia, que aparece ubicada tras el mesón de su "boliche", establecido con violación de cánones legales, se la ve en permanente trajín, llevar vasos y jarros llenos de vino a sus clientes habituales: don Churra, don Boira, don Dania, el Rana y el infaltable Pancora, que no iba hasta ese tugurio a jugar, sino a beber únicamente... Allí permanecen hasta que la Rucia se aburre de ellos y de sus galanteos. Se advierte el pleno dominio que ella tiene sobre todos los parroquianos, acaso porque los conoce muy a fondo...

Luego, se ven fiestas de reconciliación en presencia de don Salustio y del Notario de Vichuquén y se asiste al velorio de Avelino, y más tarde, se confirma, a través de los amores de Juan Pedro y de Luisa, que a menudo de la muerte surge la vida. Y en la noche de dura tempestad se percibe a Melania que se adentra en el mar para salvar al Pitío y se admira al Pancora, que da

Vidas frente al mar" [artículo] Ral.

AUTORÍA

Ral

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Vidas frente al mar" [artículo] Ral.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)